



www.loqueleo.com

Querido hijo: estamos en huelga

© Del texto: 2000, Jordi Sierra i Fabra

© De las ilustraciones: 2000, Ximena Maier

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-498-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfin S.A.S.

Primera edición en Colombia: octubre de 2012

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2015

Quinta reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Querido hijo: estamos en huelga

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Ximena Maier

loqueleo

El primer día

En el momento de abrir los ojos, Felipe se quedó mirando el techo. 5

Había una mancha de humedad desde hacía algunas semanas. Cosas de vivir en el último piso. Lo curioso era que la mancha de humedad tenía forma de indio, con plumas y todo. Un inmenso penacho. La cara, de perfil, desde luego pertenecía a un gran jefe. Nariz grande y poderosa, de patata, labios enormes y ojos penetrantes. Él le llamaba Águila Negra. «Águila» por las plumas y «Negra» porque la mancha era oscura, y en la penumbra de la habitación todavía más.

—¡Jao! —saludó a su compañero.

Águila Negra siguió tal cual.

Felipe se incorporó y miró la hora en el reloj digital de su mesita de noche.

Las nueve y cuarenta.

¿Las nueve y cuarenta?

¡Las nueve y cuarenta!

6 No pudo creerlo. Era tardísimo. ¿Por qué su madre no lo había despertado? Vale, el cole había terminado hacía tres días, pero ella, como mucho, a las nueve ya le ponía en pie con su batería de argumentos: que si se le pegaban las sábanas, que si luego se acostumbraba a dormir y en septiembre le costaría volver a coger los hábitos escolares, que si dormía mucho perdía demasiadas horas del día, sobre todo las de la mañana que eran las mejores, que si se pondría fondón, que si...

Fue hacia la ventana, subió la persiana y se asomó al exterior.

Ah, un día precioso.

Todavía no era verano. Faltaban dos semanas para irse de vacaciones, pero el día desde luego invitaba a hacer de todo: salir a la calle,

divertirse con los amigos, jugar un partido... Bueno, eso si su madre le dejaba, porque después de las notas...

Cate en mates.

Cate en lengua.

Las dos a la vez, encima.

La bronca que le habían echado sus padres tres días antes fue de campeonato. De órdago. De vuelta a los «que si»: que si no lo aprovechaba, que si sería un burro, que si así no iría a ninguna parte, que si tendría que recuperar en verano, que si con lo inteligente que era no tenía sentido que suspendiera, que si era un gandul y un vago, que si se distraía con el vuelo de una mosca, que si no ponía atención, que si...

—Mira, Felipe —le había dicho su padre—, estudiar es importante; pero leer, todavía más. Yo no tuve tu suerte, no pude estudiar, pero leía todo lo que pillaba, y gracias a eso soy lo que soy y estoy donde estoy.

—Mira, Felipe —le había dicho su madre—. O cambias y te pones las pilas o un día te arre-

pentirás, porque ya no habrá vuelta atrás y serás un pobre sin cultura, que es lo peor que hay.

Bueno, faltaban tres meses para los exámenes de septiembre. No iba a ponerse ya a estudiar y leer, nada más acabar el cole. Necesitaba un descanso.

Desconectar.

8 Esa era la palabra. Los mayores la usaban mucho, ¿no? Pues él también.

A lo mejor por eso su madre no le había puesto en pie antes, para que «desconectara».

Tenía que ducharse, lavarse los dientes y vestirse. Cosas que le daban siempre pereza, pero más en vacaciones. Qué manía con la ducha. Y qué manía con lo de los dichosos dientes. Total, se le caerían con setenta u ochenta años, como al abuelo Valerio. Si se los lavaba por la noche, ¿para qué volver a lavárselos por la mañana? ¡No los había usado, por lo tanto seguían limpios!

Mientras salía de la habitación, hizo memoria.

¡Había quedado con Ángel para jugar al fútbol en el parque!

Vale, ese sí era un buen plan.

Así que fue a buscar a su madre, que, como trabajaba de traductora en casa, no tenía un horario riguroso ni se pasaba el día en la calle.

La gimnasta

10 Su madre estaba en la terraza de la galería haciendo...

—Mamá, ¿qué haces?

—Pues gimnasia.

Felipe abrió los ojos. ¿Gimnasia?

Su madre tenía cuarenta años, era alta, todo el mundo decía que muy guapa, ojos grandes, nariz perfecta, cabello largo y negro, buena figura. Su padre la adoraba. A veces la miraba y le soltaba a él:

—Tienes la madre más preciosa del mundo.

Se querían, claro.

Ahora su madre hacía gimnasia.

Allí, en mitad de la terraza, luciendo un ajustado top y unos pantaloncitos, a la vista